
12-20-2010

El soñador literario

Daniel Martes Pedraza

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Martes Pedraza, Daniel. 2010. El soñador literario. *Revista Surco Sur*, Vol. 1: Iss. 2, 14-17.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.1.2.6>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol1/iss2/7>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Daniel Martes Pedraza

El Soñador Literario

A: P. J. Rodríguez Samalot

En la mañana del día treinta y ocho despertó con una sensación de pérdida irremediable que superaba por mucho el desasosiego de las cinco noches anteriores. Y todavía vio crecer, al convencerse de que el tamaño de la línea lograda iba en proporción inversa a la intensidad de lo soñado. “La muchacha cayó del andamio”, escribió, ya con la irritación que colmaba su estado de ánimo desde el momento en que sus sueños revertieron la forma. En un principio no tomó muy en serio unos trastornos que consideró propios de su hábito y los bautizó “desoñar”, un nombre que a su juicio los hacía parecer tan inofensivos como pretendía verlos. Con igual desparpajo los dio a conocer entre sus contertulios: “ya no sueño, ahora me dedico a desoñar”, les dijo, a la vez que esbozaba su sonrisa de sabihondo, tan odiada como justificada dentro de aquel círculo.



Elizan Escobar, *¿Por qué en medio del sueño?*

Apenas un mes antes había empezado a reconocérsele talento como para ser el líder del grupo, pero, paradójicamente, el hecho de que él siempre se lo hubiera atribuido lo llevó a aceptar el honor con aparente humildad. En reacción a los primeros elogios que recibió uno de sus cuentos, se estiró en la silla cuan largo era, esparció el humo de una pipa de la que jamás se desprendía, más por cuestiones de apariencia que por gusto, e hizo que de su sonrisa emergiera una explicación candorosa: “lo escribí de un tirón, porque lo acabo de soñar”. Por supuesto que los demás no compraron la historieta; era inconcebible que alguien escribiera un cuento de rabo a cabo, con la precisión de una esquila, y que luego lo achacara a un progenitor tan anodino como el sueño. No faltó quien dijera que el comentario había sido más imaginativo que el cuento mismo, ni los que vieran su modestia como un modo de retarlos a impugnar un logro más que evidente. Así que unos y otros guardaron silencio ante sus próximos trabajos. Sin embargo, a la larga se vieron forzados a deponer su animosidad, ya que el Bardo (fue el nombre que le ganó su supremacía dentro del grupo) continuó produciendo unas piezas que, si no soporíferas, alguna procedencia mágica debían tener. Llegó el momento en que hasta su pedantería tuvo que verse como la secuela de un genio creativo tan natural que incluso obraba por cuenta propia.

Su nombre de Soñador Literario, que vino algo después, poco a poco tuvo alguna resonancia más allá del entorno opaco que integraban, aunque no necesariamente para bien. Justo el día en que llevaba catorce cuentos soñados al hilo, recibió una invitación escrita que parecía proveniente de la Academia. Y dado que el comunicado detallaba las credenciales, pero no los nombres de los ponentes, el Bardo se supuso entre ellos. Llegó a la cita ataviado con gabán y corbata y portando un cartapacio lleno de papeles, sólo para hacerse espectador de un acto ajeno por completo a la literatura. Lo auspiciaba una escuela gnóstica llamada la Vía Onírica, cuya prédica se basaba en la existencia de un mundo inconsciente adonde van a parar todas los pensamientos desperdiciados por la humanidad. A la par, sostenía que son muchas las formas de llegar a ese caudal de reserva de la inteligencia humana, pero sabido es, desde tiempos inmemoriales, que es el sueño el vehículo más efectivo.

Ya al final del acto, el ponente estrella reconoció la presencia del Bardo: allí tenían el vivo ejemplo de alguien que, sin proponérselo, había encontrado la vía del saber, una persona orientada, lamentablemente, hacia las excentricidades del arte, que, por tanto, solo había logrado extraer lo que cualquiera de ellos hubiera pisado como hojarasca para ir en pos de verdaderos frutos, pero, así es la vida, al menos resultaba una buena muestra de que el camino estaba disponible aun para los menos aventajados. Sólo para eso sirvió la comparecencia del Bardo, ya que nunca tuvo ocasión de subir al podio para al menos sacudirse la mácula de bobalicón que le imponían. Se quedó con todas sus astronómicas ganas de decirles que no creía en la patraña aquélla de un zafacón de ideas escondido en sitio alguno, que él era un poeta y punto, muy capaz de soñar despierto y escribir dormido lo que por mero gusto hacía al revés. Su única oportunidad de hablar ocurrió al cierre del acto, cuando una turba enardecida le recriminó su irresponsabilidad de llenarse los bolsillos de calicanto, habiendo tenido en frente un filón de oro: “¿Cómo era posible que alguien con acceso a la vía onírica hubiera ignorado toda la sabiduría allí depositada para contentarse con extraer unas historietas que sólo sirven para entretener a holgazanes de oficio?” “¡Involuntario my ass!,” le dijeron, cuando se defendió diciendo que sus cuentos eran producto de un proceso totalmente separado de la voluntad. Igual de airados se mostraron cuando alegó que era de lo más natural que un cuentista, transportado a ese mundo enciclopédico al que ellos se referían, fuera llevado directo a la sección del arte. “¡Necio!”, le contestaron, “no entiendes que se supone que al llegar allí operara un cambio que librara tus neuronas de la bazofia que ahora mismo bulle en ellas. Por eso te despreciamos, eres una aberración viviente que contradice los postulados de nuestra ciencia”. “Y si es así, ¿por qué diablos me invitaron a venir?”, preguntó el Bardo, ya totalmente en reculada. “Porque la dirección mantiene la política de mirar con atención a los fenómenos como tú, nosotros, la base, no; con gusto te degollaríamos ahora mismo.” El Bardo salió corriendo del lugar, y todavía tuvo el privilegio de soñar otra ristra de cuentos en el lapso de diecinueve días.

Su verdadera penetración en la Academia ocurrió quince días después del fiasco de los oníricos, cuando dos emisarios auténticos del mundo del saber se acercaron al café modesto donde se reunía el grupo. Aunque llegaron

investidos del aire adusto que les confería su rango, se acomodaron un tanto lejos de los tertulianos y eso les permitió pasar inadvertidos. Así pudieron escuchar, fiel al marco de su hábitat natural, uno de los cuentos del llamado Soñador Literario. La reacción de ambos fue tan discreta como su comportamiento hasta entonces, de suerte que sólo su forma de pago delató su presencia allí. A pesar de que tuvieron que aceptar vinos y aperitivos ajenos a su gusto, acumularon una holgada cuenta que fue a una tarjeta timbrada con el logo de su institución. El mozo del lugar apenas pudo esperar a que se despidieran para jactarse del abolengo de sus nuevos clientes. Y, como respuesta, reinó el nerviosismo, la ansiedad, la expectación: los muchachos querían saber cuál de ellos había incitado una curiosidad de tanto renombre. A falta de palabras oídas, el mozo se vio forzado a reproducir cada gesticulación hecha o insinuada por la singular pareja durante su estancia allí. Y en ésas estuvo, hasta que de su boca salió un dato que despejó toda duda: “solamente guardaron silencio cuando el Bardo leyó su cuento”.

En medio de las felicitaciones, brillaron algunas frases que, pese a su tesitura hipócrita, luego se convertirían en dogma del grupo: “El triunfo de uno es el triunfo de todos”. “Basta con que uno se dé a conocer para que todos nos sintamos fuera del anonimato” “Tener la primicia de un triunfador es en sí mismo un triunfo” “Todos somos uno”, etcétera, etcétera, etcétera. Finalmente, el clima de euforia tuvo que atemperarse a un par de eventos que hirió al grupo en su fibra más honda. El primero fue la forma despiadada en que los académicos los expusieron ante el mundo. Uno de ellos publicó un artículo en un diario regional en que los llamó “consumidores de mucho pan con mortadella y vino malo que filosofan sobre asuntos de una complejidad mayor a su entendimiento, sobre todo cuando abordan el tema político”. El otro, aunque les concedió la posibilidad de tener entre ellos a un escritor en ciernes, aconsejó a éste apartarse de aquellas pseudo tertulias que sólo habrían de resultarle en la castración de su talento. Ambos fueron enfáticos en negar la existencia de algo parecido a un soñador literario. La indignación fue unánime, conscientes todos de que más que al Bardo el insulto tocaba al grupo entero. El segundo evento negativo les causó una conmoción mayor, puesto que provino de ellos mismos: justo para la fecha en que estos artículos periodísticos salieron a la luz pública, el Bardo empezó a desoñar.

En primer lugar, los exasperó la despreocupación con que éste pareció tomar su virazón, precisamente cuando urgía demostrar, incluso más allá del ámbito estéril de la Academia, con cuanta soltura bullía la genialidad entre ellos. Sabían muy bien, sin embargo, lo mucho que satisfacía a su amigo burlar las expectativas depositadas en él y optaron por no presionarlo. Mientras tanto, a sus espaldas pusieron sobre el papel una serie de propuestas y resoluciones basadas en que la aptitud soñadora del Bardo era un don del grupo en su conjunto y que, por consiguiente, no era de extrañarse que se encontraran en un momento de transición, luego del cual todos adquirirían una facultad similar. En vista de ello, era necesario actuar de inmediato:

(1) Todo miembro del grupo vendrá obligado a considerar el sueño como un instrumento sagrado.

(2) Para velar por los mejores intereses de aquellos que por el momento no resulten poseedores de la virtud, se contrae el compromiso de considerar un haber colectivo toda obra que en lo adelante produzca cualquiera de los integrantes del grupo.

(3) El primer receptor de la gracia, así como otros que a la par o subsecuentemente resulten agraciados, vendrán obligados a hacer una descripción amplia de la atmósfera o condiciones que propiciaron la recepción, a saber:

(a) Hora en que se acostó.

(b) Alimentos ingeridos durante el día, principalmente los tomados, si alguno, a la hora de acostarse.

(c) Temas de conversación abordados durante el día.

(d) Abstinencia o intensidad del aseo.

(e) Tipo de actividad sexual llevada a cabo, incluyendo aquéllas que se realizan a solas.

(f) Cualquier acto que pudiera considerarse inusual, o que, aunque ordinario para el beneficiado, pudiera resultar excepcional para otros.

(g) Drogas o estimulantes consumidos.

(h) Cualquier cosa o circunstancia que considere meritoria el portador de la gracia.

Fueron descartadas otras, ya fuera por atentar contra el carácter heterogéneo del grupo o simplemente por rayar en lo ridículo, como aquélla de empezar a llevar uniforme o la de alquilar un almacén que les sirviera de dormitorio común, cosa de que la suerte corriera pareja para todos. Pero, aunque ocasionalmente se impusiera la sensatez, nada evitó que la obsesión por el sueño alterara el curso de sus

excentricidades. Su vocación trasnochadora, por ejemplo, cedió ante el rigor de sus rituales a la hora de acostarse: rezaban, tomaban té de manzanilla o jengibre, perfumaban las habitaciones con ramos de azucena o las pacificaban con las notas de arpas y violines, mas siempre con el mismo resultado. Su afán de bellos durmientes no hacía otra cosa que llevarlos al extremo contrario del desvelo. Para colmo, los pocos sueños que podían derivar de un dormir abrupto y accidentado, obligado por el cansancio, eran echados a perder por su impaciencia. No bien se encontraban en la fase primaria, saltaban a las libretas colocadas en las cabeceras de las camas para tratar de hilar historias con lo que apenas eran embriones de imágenes. Ante aquel rotundo fracaso, tuvieron que volver al Bardo para pedirle que los aceptara como discípulos en su nuevo proceso de desoñar.

El Bardo, que a esas alturas se le hacía muy difícil vencer su miedo a la infecundidad, esta vez se abrió a ellos. Claro que eso para nada significó que se mostrara abatido o inseguro del destino que desde siempre había augurado para sí; desde luego que no. Por el contrario, parecía que flotaba al explicarles que desoñar era la jugarreta de un cerebro complejo que a falta de obstáculos ahora se retaba a sí mismo. Antes su inconsciente le proveía cuentos claros y precisos a través de los sueños, pero ahora los retenía en su interior para que éstos se abastecieran por sí mismos. Su nueva función, por tanto, era la de producir sueños que calaran su inconsciente para traducirse en cuentos y no al revés como solía ser. La única traba era que su intelecto no aceptaba la más mínima imperfección y por eso hasta allí apenas había reproducido unas cuantas líneas de una historia que prometía ser genial. Con un grupo solícito de un lado y del otro y un Bardo feliz de haber encontrado una explicación coherente para sus percances, cuajó una nueva armonía. Tan complacido se sentía este último, que hasta se mostró receptivo a la sugerencia de que el discutido proceso empezara a llamarse “resoñar” en lugar de desoñar.

Tampoco esta vez tuvo El Bardo acceso a las minutas que a partir de este nuevo giro del grupo empezaron a redactarse. Por consiguiente, estuvo ajeno a la explicación florida que mereció el nombre del objetivo existencial que ahora perseguían. Se anotó que el vocablo desoñar era uno negativo, que denotaba inacción o, peor aun, destrucción, poco digno de un grupo como el suyo centrado

en la creación; “resoñar”, por el contrario, era un indicativo de resurgimiento, de actividad en pro del rescate o el retorno, afín por completo al espíritu emprendedor que reinaba entre ellos; así se hizo constar. Asimismo, fijaron para la posteridad una definición más o menos comprensible del proceso, con la nota al calce de que, por encontrarse aún en una etapa formativa, estaba sujeta a nuevas interpretaciones. A esto le seguía el único trozo literario producto de la resoñación, según dictado por su “comunicante” (así se les llamaría a los que aportaran resueños al proyecto común): Aquel martes aciago, la muchacha cayó del andamio; después reinó el silencio.

Entretanto, cada uno amasaba en secreto la esperanza de asaltar al grupo con la sorpresa de ser el nuevo poseedor del talento de soñar, porque lo cierto era que ninguno veía posibilidades reales a aquella aventura colectiva que recién iniciaban. Si ya les constaba cuán difícil era enrolarse en la primera etapa de un soñador literario, cuanto más arduo no debía ser empezar por la segunda. De manera que aunque fingían esforzarse en coger el hilo que pendía de la sesera del Bardo, lo que en verdad hacían era persistir en su propósito anterior de agarrar un sueño propio. El carácter furtivo y desleal de este nuevo intento hizo que fuera aún más febril que el anterior, y que tras su fracaso arrastrara una desmoralización también mayor.

El único que mantuvo un ánimo invencible fue El Bardo, que no paraba de augurarse un éxito rotundo en su reto de desoñar, o como quisieran llamarle. No obstante, el muladar de formas que acudía a sus sueños cada vez era más esquivo, por lo que la infertilidad era tan notable en él como en los otros. Aquel patinaje en la inercia colectiva duró meses, hasta que Benjamín, casualmente el más joven del grupo, rompió su cascarón individual. Era un desconocido entre ellos, tal vez por su resolución de no mostrar sus mejores trabajos hasta tanto los otros brillaran por sus méritos. Pero sobre todo era listo y no tardó en reconocer aquel estancamiento grupal como el momento oportuno para alzarse con una de sus obras maestras. Así que un buen día ahuyentó la modorra de los ojos insomnes de sus contertulios.

—Tengo un cuento —les dijo.

—¿Lo resoñaste anoche? —preguntó una voz desganada.

—No, lo escribí —respondió él, resueltamente.

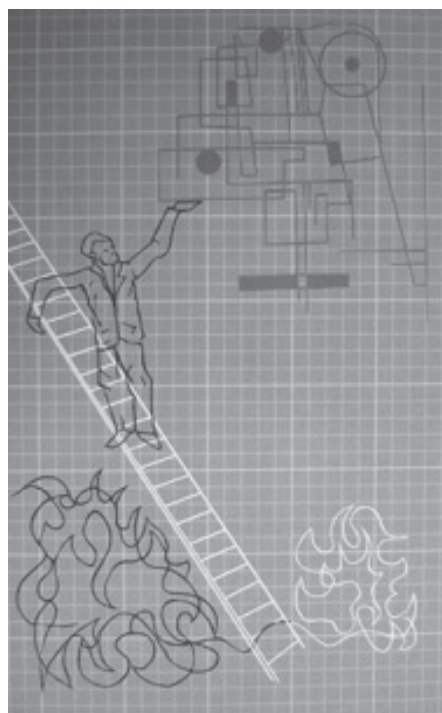
Los resoñadores se sintieron tocados por una energía súbita que los obligó a reacomodarse en sus sillas. Asimismo, lo escucharon con la avidez

de niños sedientos de fantasía que se disputan el regazo de la abuela. Pero aquella fiebre de espectadores embobados no duró mucho, al instante sus pensamientos fueron a sus respectivos campos de creación, ahora yermos por el empeño absurdo de capturar sueños. Para total frustración de Benjamín, la mayoría dejó de oírlo cuando apenas iba por la tercera o cuarta página y para cuando acabó su lectura sólo el Bardo seguía a su lado. Una compañía no muy reconfortante; la mirada apagada y el rostro desencajado del Bardo acusaban la patética estampa de un resoñador vencido. Benjamín cerró su cuaderno y lo dejó solo.

Al siguiente día, un alud de cuentos nuevos abarrotó las mesas de los tertulianos, a la vez que revivía en ellos el semblante sonreído y despreocupado de antaño. Dos días después, el Bardo, avasallado por aquella ola poderosa de vida, intentó regresar de su extravío para recuperar la gloria perdida. Les anunció que había completado su primer cuento desoñado. Notó que nadie intentó corregir su pronunciación equivocada del verbo resoñar, y se apresuró a hacer una breve acotación:

—Era que se trataba de un microcuento — les dijo, y empezó a leer con voz algo tensa — *Aquel martes aciago, la muchacha cayó del andamio; después reinó el silencio...*

Contrario a los días en que sus historias soñadas provocaban exclamaciones y gestos de aprobación, esta vez se impuso una sequedad cortante. Ya nadie volvería a hacer caso a cuentos que no fueran engendros auténticos del trabajo creativo.



Carlos Garaicoa, *Falling and fixing*